

Estados Unidos: Trump y la clase dominante

Marco A. Gandásegui, hijo

gandasegui@hotmail.com

Doctor en Sociología.

Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá.

Investigador asociado del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA).

Resumen:

Trump tiene dos objetivos. El principal es conservar la Presidencia de EE.UU. y el poder que acompaña ese cargo. La facción política que encabeza cree que lo puede asegurar mediante una estrategia clientelista. Su programa incluye la reconstrucción parcial del sector industrial del país y generar empleos. Parte importante de este objetivo descansa en el presupuesto militar y en la distribución de los centros de producción en áreas claves del país. En el orden mundial promueve una estrategia del equilibrio, sostenida por EE.UU., que consiste en la rivalidad entre los Estados naciones.

Palabras clave:

EE.UU., Donald Trump, Orden Mundial, Militarismo, Estado-nación.

Abstract:

Arriving at the White House in 2017, President Trump put forth his two main goals. His first objective was reelection in 2020. His second point on the agenda was to rebuild America's industrial infrastructure and create new jobs. In his game-plan reelection and jobs go hand in hand. In order to achieve these goals he was going to rely on strengthening the military budget and spreading the investments in key states. On the global scene his strategy is to relate with countries and regions on a one to one basis, discarding globalization as an enhancing tool for international trade.

Keywords:

USA, Donald Trump, World Order, Militarism, Nation-State.

En enero de 2018 el presidente de EE.UU., Donald Trump, cumplió su primer año en la Casa Blanca. El impacto de su gestión ha sido significativo en varios planos. Queremos centrar nuestra atención en tres áreas. En primer lugar, analizaremos el significado de los cambios introducidos por Trump en la política exterior de EE.UU. Por un lado, la política económica que abandona la globalización. Por el otro, el manejo de las fuerzas armadas a escala mundial. En segundo lugar, analizaremos la política interna —reforma fiscal asimétrica, represión de las llamadas minorías y la política de migración— que le ha dado un nuevo perfil a sectores de las capas medias y de la clase obrera. Por último, las relaciones entre EE.UU. y América latina. La llegada del nuevo inquilino en la Casa Blanca coincide con la ola conservadora que atraviesa la región latinoamericana.

Capitalismo y geopolítica

Trump está cambiando el mundo. Tiene músculo militar y económico. El poderío de las armas que posee el arsenal de EE.UU. le da ventajas. La riqueza que posee alrededor del mundo le da resultados que todos envidian. Los observadores de las políticas del presidente Trump en el escenario mundial se hacen dos preguntas: ¿Qué hay detrás de Trump? ¿Tiene un objetivo estratégico?

En los últimos 40 años, el *establishment* de EE.UU. y sus aliados —Europa occidental y Japón— se han movido hacia la construcción de lo que llaman un «Nuevo Orden Global». Este movimiento lento pero seguro, según sus arquitectos en las altas finanzas y en la banca, es una respuesta necesaria ante el estancamiento de las tasas de crecimiento económico y la débil acumulación capitalista (inversiones).

El reordenamiento consiste básicamente en la redistribución de las responsabilidades que han caracterizado a las diferentes regiones en el mundo colonial e imperial de los últimos siglos. Es un cambio en la relación entre el centro del sistema capitalista y la periferia. El centro crece en la medida en que se alimenta de la periferia. La crisis del siglo XX determinó que el centro —que siempre cambia— tenía que profundizar la extracción de más riquezas de la periferia. A mediano y

largo plazos, la periferia tiene que aumentar su productividad y el centro tiene que extraer una porción más significativa de esa producción.

La «globalización» favorece a los grandes capitales concentrados en corporaciones gigantes. Sus intereses monopolizan la producción, la distribución —transporte y medios de comunicación— y las nuevas tecnologías. En sus planes está contemplado sumar las corporaciones que han surgido en China Popular y pensaban hacer igual con Rusia. El *establishment* tiene sus dudas sobre Pekín: su origen revolucionario muy reciente y su lealtad al Estado chino. Con Rusia la situación es aún menos segura por el nacionalismo (de mercado) de los gobiernos de Putin.

Trump tiene un proyecto que rompe con la estrategia globalizante. Propone un proyecto que mantiene a los capitalistas de EE.UU. a la cabeza del sistema interestatal (antiglobal). El proyecto subordina a sus aliados, la ONU y pone fin a los tratados comerciales. Además, trata como adversarios a China y Rusia.

Durante su campaña en 2016, Trump trató a China en forma despectiva. En cambio, se acercaba a Moscú. En cambio el *establishment* veía a China como un amigo potencial y a Rusia como enemigo. El *establishment* siempre ha visto a Trump con sospecha. Por un lado, su estilo desgreñado y arrogante. Por el otro, sus propuestas «nacionalistas» que supuestamente privilegian a los capitalistas que invierten en EE.UU.. Trump alega que los «nacionalistas» compiten en desventaja contra el sector dominante del sistema. Por esta misma razón considera que los tratados comerciales son contrarios a los intereses nacionales.

El gobierno de Trump publicó recientemente dos documentos con los lineamientos estratégicos para la Seguridad y para la Defensa del capitalismo norteamericano, respectivamente. La Estrategia para la Seguridad Nacional (ESN) augura problemas con «la reemergencia de la rivalidad estratégica a largo plazo por quienes clasifica como potencias revisionistas». La Estrategia para la Defensa Nacional (EDN) señala que «la rivalidad interestatal, no el terrorismo, es ahora nuestra preocupación principal en cuanto a la seguridad nacional de EE.UU.».

Trump es la otra cara de la misma moneda. Es decir, de la misma oligarquía (*establishment*) que lucha por no perder su dominio sobre la economía mundial. Representa una facción del capital norteamericano que rechaza la idea de ser parte de un mundo globalizado. Quiere mantenerse como «primero entre pares» (*America First*). Quiere

regresar a un pasado idílico para garantizar la grandeza de EE.UU. (*Let's Make America Great Again*).

Trump entre la oligarquía y la resistencia popular

El sistema capitalista mundial tiene como característica central la lucha de clases. En la medida en que el sistema se expande incorpora a más trabajadores en las relaciones de producción que generan crecientes ganancias y acumulación incesante. Al mismo tiempo, genera resistencia y conflictos. Otra característica del sistema capitalista es la aparición de Estados (con definición territorial) al servicio de la acumulación capitalista. La dirección de los Estados, en manos de burguesías nacionales, compiten por acaparar los recursos naturales, las fuerzas productivas y las rutas comerciales. En el caso de EE.UU., después de la segunda guerra mundial asumió la hegemonía mundial y sometió a los demás Estados a sus intereses de expansión global.

Los dos conflictos son concomitantes: La lucha de clases y las guerras entre Estados. Para mantener su hegemonía, EE.UU. tiene dificultades en tres planos distintos, relacionados con los conflictos que emergen de la expansión capitalista. En primer lugar, EE.UU. compete con otros Estados por la hegemonía. Para los teóricos marxistas, se refiere a la teoría del imperialismo. Para otros es el estudio de la geopolítica. Los indicadores de ambos enfoques señalan que la hegemonía norteamericana se debilita. Segundo, la lucha de clases a escala mundial tiende a agudizarse. Prueba de ello son las constantes rebeliones de los trabajadores en todos los continentes del planeta. El tercer plano es lo que se refiere a la lucha de clases a lo interno de EE.UU.. A este punto nos referiremos a continuación.

En un año el presidente Trump ha tratado, con éxito relativo, de cumplir con sus propuestas electorales de campaña. Logró nombrar una cantidad significativa de jueces conservadores en el sistema judicial. Aprobó una reforma fiscal que redujo los impuestos a las grandes corporaciones y a los multimillonarios. Va en camino de aumentar el presupuesto militar en un 10 por ciento (70 mil millones de dólares). Por otro lado, no ha podido acabar con el programa de salud de su predecesor ni con las políticas migratorias. En 2018 promete dar inicio a las inversiones de trillones de dólares en la construcción de infraestructura en todo el país.

La reforma tributaria mantiene en línea a sus aliados más estrechos: La clase de los rentistas y empresarios millonarios. Más difícil será cumplir con sus promesas «populistas» de generar más empleo, frenar la inmigración de nuevos trabajadores y desmontar las regulaciones a las inversiones no sustentables.

Cuando llegó Trump a la Casa Blanca, hace poco más de un año, se encontró con un país con serios problemas. Aún tiene una economía estancada, un sistema político que tiene que refundarse y una cultura que cada vez es más excluyente. La sociedad norteamericana ha sido sacudida por una guerra civil, depresiones económicas, la exterminación de pueblos indígenas y un sistema que discrimina violentamente a sectores sociales por su origen étnico y de clase. El Estado norteamericano tiene fuertes contradicciones y los sectores subordinados viven en permanente guerra con una oligarquía gobernante que logra mantenerse en el poder con una dosis de persuasión y otra más de represión.

En la segunda mitad del siglo XX la economía de EE.UU., basada en la producción industrial-militar, creció a tasas superiores al 3 por ciento anual. A fines del siglo pasado entró en una etapa de lento crecimiento y el *establishment* buscó fórmulas —tanto en el interior como en el extranjero— para frenar la caída de la tasa de ganancias de las corporaciones. Las protestas de los sectores más vulnerables fueron reprimidas y neutralizadas con la introducción de un arma usada por los ingleses en China en el siglo XIX: las drogas.

Mientras tanto, la política neoliberal impulsó la desindustrialización, que aumentó el empleo informal y la pobreza. Los cambios provocaron la recesión de 2007-08 dejando millones de familias sin vivienda ni empleo. La crisis golpeó los bolsillos de los trabajadores y de las capas medias. Además, socavó la sensación de seguridad en sectores amplios de la población generando descontento con el sistema político. Como consecuencia, surgieron grupos sociales que añoraban el pasado destruido por las políticas neoliberales.

En la presente coyuntura, esta situación se refleja de manera contradictoria. Por un lado, la protesta se expresa políticamente en una reacción contra las políticas de globalización —menos empleos— y a favor de un retorno al pasado. Este sentimiento se cuadró con el mensaje del especulador de bienes raíces, Donald Trump. El nuevo inquilino de la Casa Blanca promete revivir el *sueño americano* creando nuevos empleos industriales —políticas «proteccionistas», aún cuando no sean

sustentables—, levantando muros contra los inmigrantes y reprimiendo los grupos históricamente discriminados.

Trump tiene dos problemas para los cuales aparentemente no tiene solución. Por un lado, las demandas de los trabajadores, las reivindicaciones de los excluidos y las aspiraciones de los inmigrantes. Es una lucha permanente para encontrar la legitimidad del sistema. Por el otro, Trump tiene que decidir si descarta a los viejos segmentos de la oligarquía ya improductivos para sumar a los sectores más innovadores. EE.UU. experimenta en estos momentos un período de turbulencia interna que puede generar tres resultados. Por un lado, al no encontrar una solución a la crisis, puede surgir un régimen fascista catastrófico —populismo oligarca con una base social que reivindica el pasado idílico—. Por el otro, la consolidación del «*establishment*» con su proyecto globalizante cuyo resultado final no es seguro. La otra opción es el surgimiento de un movimiento social en EE.UU., desde las bases, que logre promover políticas que generen una economía incluyente capaz de crear empleos productivos, que incorpore a los inmigrantes y que supere el odio explícito en la discriminación.

«EE.UU. primero»

Trump tiene un objetivo mientras se encuentre en la Casa Blanca: Orientar el país —su economía y sus valores sociales— hacia una forma de organización que reproduzca, en gran parte, los valores que muchos asocian idílicamente con el pasado glorioso de la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX.

El estribillo que mejor sintetiza esa idea es «Hagamos EE.UU. grande nuevamente» o «EE.UU. primero». Al interior del país encuentra una fuerte resistencia a esta orientación por parte de los sectores que apuestan al futuro de EE.UU. en un mundo globalizado donde Washington seguiría siendo primero entre otras pocas potencias subordinadas. Como diría Arrighi, un mundo con un centro, una semiperiferia y una periferia.

Los grupos que promueven la globalización están convencidos que pueden controlar el proceso de acumulación capitalista desde las alturas de los mecanismos financieros. Las intervenciones militares serían restringidas contra países de la periferia que se salen de línea. EE.UU. puede externalizar su estructura tecno-industrial hacia países de la

periferia para garantizar tasas de ganancia aceptables. Al mismo tiempo, conservan áreas estratégicas bajo estricto control: alimentos, energía, tecnología espacial y otras.

Los teóricos de la globalización perciben un nuevo orden mundial equilibrado entre potencias, «casi-potencias» y la periferia. Se llegaría al ideal de poner fin a las guerras, los conflictos y se proclamaría el amor fraternal entre los pueblos.

Trump y sus asesores ven la globalización y la realidad mundial desde otra perspectiva. Para poder competir en el mundo capitalista hay que fortalecer a EE.UU. y probar que es la potencia sin rival. Como dijera Kissinger, después del Tratado de Westfalia (1640) se llegó a un consenso entre las potencias europeas de que no habrían mas guerras entre ellas. Emergió Inglaterra y su Gran Bretaña como potencia hegemónica durante casi dos siglos. Westfalia contribuyó al saqueo de la periferia en el proceso de acumulación capitalista mundial.

Política interior

El proyecto de Trump consiste en construir una fortaleza militar en EE.UU. que pueda enfrentar al resto del mundo sobre la base de su economía, su cultura y su poderío bélico. Los retos que enfrenta están básicamente en sus proyectos económico y cultural.

La economía norteamericana está en crisis, no crece, no genera excedentes, desde fines del siglo XX. Las políticas neoliberales (desregulación y flexibilización) no tuvieron los resultados esperados. Por un lado, condujeron al colapso de la bolsa de valores y la crisis de 2007-2008. Por el otro, dejó sin empleo a decenas de millones de trabajadores creando un descontento social de una enorme magnitud.

Además, los agentes culturales de EE.UU. —los medios de comunicación, el sistema educativo, la industria cinematográfica— están en manos de los sectores «liberales» que promueven la ideología de la globalización. Trump cree que obligando a los medianos y grandes industriales —incluyendo los *high tech*— que regresen a EE.UU. la economía puede reestructurarse y promover tasas de crecimiento similares a las que tenía EE.UU. en las décadas de 1950 y 1960. En este mismo movimiento, Trump atacó todos los tratados comerciales que tenía Washington con otros países por considerarlos inadecuados para los objetivos que perseguía. Se fue en contra de la política de migración que EE.UU.

tiene desde hace siglo y medio. Hasta la fecha ataca todos los que buscan llegar a EE.UU. desde el sur de la frontera. En la actualidad, hay 22 millones de mexicanos en EE.UU. La mitad son indocumentados que son superexplotados por la economía norteamericana.

Trump también cree que los medios de comunicación son sus enemigos principales. Es consciente que los medios moldean la ideología de amplios sectores de la población, incluso de los obreros y otros grupos sociales que tienen medios propios. Durante su campaña y en los dos años en Casa Blanca ha entablado —con relativo éxito— una dura batalla contra el monopolio de la comunicación en EE.UU. Defiende a los grupos evangélicos y otros conservadores que protegen dogmas del pasado por considerarlos sus aliados.

Trump asegura que los gobiernos que lo antecedieron ponen en peligro «el estilo de vida» de los norteamericanos. Destaca el sistema educativo, las relaciones étnicas y los procesos electorales como instituciones que deben reformarse a fondo. La política de Trump le ha dado los resultados que esperaba. El país está dividido ante sus iniciativas. Los capitalistas se mueven con cautela. Los gremios de los trabajadores que estaban muy debilitados ahora están sin vocería. Las protestas de los liberales más radicales tienen que enfrentar en las calles a los grupos conservadores más extremistas, como los neonazis.

Política exterior

Trump está alterando los arreglos hechos hace más de 70 años entre las potencias occidentales, que incluye Japón. Ve con buenos ojos un acercamiento a Rusia y le pone cortapisas a China a quien le declaró una guerra comercial. Sus aliados de Europa occidental han perdido confianza en la Casa Blanca de Trump. El presidente de EE.UU. quiere que su mensaje le llegue alto y claro a los líderes europeos en el sentido de que EE.UU. no tolerará disensiones ni cuestionamientos a su política exterior.

Rusia: A corto plazo llegar a un entendimiento militar que le permita a EE.UU. continuar con su despojo de las regiones periféricas. A mediano plazo, convertir a Rusia en un aliado subordinado capaz de servir como contenedor de China desde el norte. A largo plazo, apoderarse de los grandes recursos naturales rusos para administrar su distribución a escala mundial.

China: Corto plazo: Interrumpir su comercio exterior (el yuan). Mediano plazo: Frenar su proceso de acumulación capitalista. Largo plazo: Debilitar su capacidad militar.

América Latina: A corto plazo, poner fin a la insubordinación de los países de la región y asegurar su dependencia militar y económica. A mediano plazo, garantizar el control de los recursos naturales de la región y regular el flujo migratorio de la gran cuenca del Caribe y Sur América. A largo plazo establecer una relación entre ambas regiones que le permita a la doctrina Monroe cumplir su objetivo histórico.

Trump y el *establishment*

A diferencia de los gobiernos de EE.UU. que lo antecedieron en el siglo XX, el gobierno que preside Donald Trump no parece estar al servicio del grupo financiero que controla la distribución del capital —los excedentes del sector productivo— y de su burocracia, que administra las relaciones sociales de dominación —el Estado—. Trump es vocero de un sector minoritario de la oligarquía norteamericana que pretende recuperar parte o la totalidad del poder político que ha estado perdiendo en forma consistente desde la Segunda Guerra Mundial.

El enemigo de Trump es el *establishment*. En las elecciones de 2016 logró organizar una campaña político-electoral que, primero, le permitió secuestrar al Partido Republicano en agosto e, inmediatamente, conducir al partido de Lincoln a un triunfo electoral sorpresivo en noviembre. En enero de 2017 se instaló en la Casa Blanca.

El enfrentamiento entre las dos fracciones del capital norteamericano es asimétrico. El sector más poderoso del *establishment*, que controla el capital financiero, no solo sirve de pivote para las inversiones dentro de la economía norteamericana. También ha construido una red global que incluye Europa, pretende incorporar a China y, además, controla la periferia del sistema capitalista, que incluye América Latina.

Según García Bielsa, Trump representa al capital industrial, agroindustrial, bienes raíces y energético. Para equilibrar la asimetría, Trump logró alinear sectores importantes de la clase obrera empobrecida de EE.UU. y sectores que aún conservan una ideología conservadora —el Tea Party— y racista —Krugman—. Para debilitar al sector financiero en el plano internacional, Trump, por un lado, se acerca a Rusia y, por el otro, le declara la guerra comercial a China.

La coyuntura 2018

Donald Trump se enfrenta a elecciones parciales en noviembre de 2018. Los resultados de las elecciones en la Cámara de Representantes de EE.UU. (450 curules), programadas para el primer martes de noviembre de 2018, abrirán nuevos escenarios que afectarán el futuro inmediato de ese país y del mundo. Está en juego la presidencia de Donald Trump. Si el Partido Republicano conserva su mayoría en el Congreso, se desatarán un conjunto de procesos promovidos por la Casa Blanca. Si pierde, se producirán otros eventos, algunos predecibles y otros menos.

¿Qué pasa si el partido de Trump gana en 2018? Lo más probable es que en 2020 triunfe en las elecciones presidenciales programadas para ese año y siga en la Casa Blanca hasta 2024. También existe la posibilidad de que intente eliminar la enmienda número 25 de la Constitución de EE.UU. que impide que el jefe de gobierno ocupe esa posición por más de dos períodos. Esto significaría en el plano internacional un fin de la globalización que pretendía acabar con las fronteras y dejar establecido un gobierno mundial controlado por los centros financieros y el poder militar de EE.UU. En su lugar, algo igual de pernicioso, Trump contribuiría a consolidar el poder económico y militar —y cultural— centrado en EE.UU. convirtiendo el resto del mundo en sus vasallos. Los vasallos serían sus aliados tradicionales, sus contrincantes —residuos de la guerra fría— así como la periferia.

Esta posibilidad crea un escenario de conflictos sin precedente. Trump cree estar en condiciones de enfrentar al mundo y derrotarlo, utilizando sobre todo su enorme poderío militar —el 70 por ciento de todos los gastos militares en el mundo se concentran en EE.UU.—.

Si las elecciones de noviembre en EE.UU. no favorecen a Trump, puede tener la seguridad que no podrá reelegirse en 2020. Además, es probable que no llegue a 2020 como presidente. La Cámara de Representantes iniciaría en 2019 un juicio (*impeachment*) para destituirlo. El Senado actuaría como juzgado ante las denuncias de la Cámara. En un escenario de este tipo pueden darse sorpresas. Sin embargo, lo más probable es que la maquinaria del *establishment* logre apaciguar cualquier sector con ideas fuera del contexto constitucional.

¿Qué alternativa propone Trump?

Entendemos por *establishment* la oligarquía del sistema capitalista que controla la distribución de los excedentes generados por los sectores productivos. Es una combinación de los grandes bancos y sectores financieros de las bolsas de valores que cuentan con una red mundial, las trasnacionales que controlan más de la mitad de la producción mundial, la burocracia global que controla la administración de los gobiernos tanto nacionales como internacionales —ONU, EU, etc.— y las fuerzas armadas de EE.UU. y de otros países.

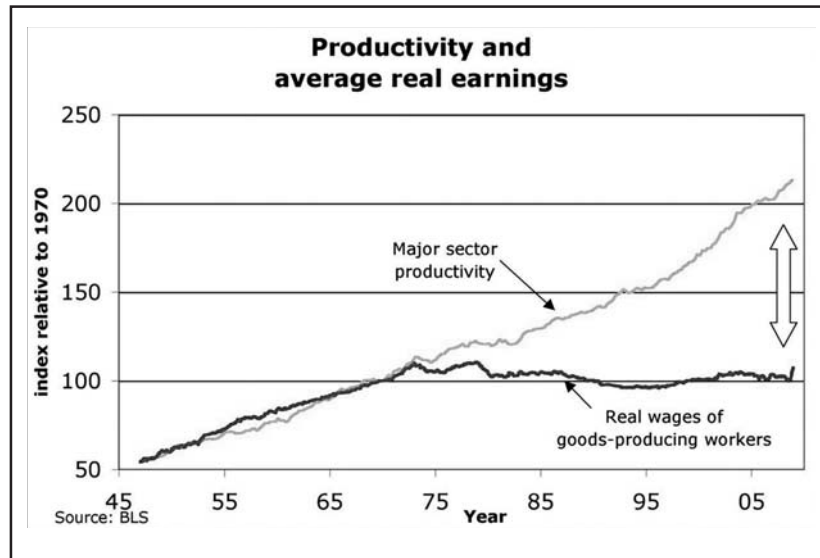
En este trabajo queremos darle respuesta a una pregunta. La respuesta está condicionada a las elecciones de noviembre. Trump llegó a la Casa Blanca con un programa que declaraba su intención de destruir el proyecto global del *establishment*.

¿Cuál es la alternativa? Su objetivo es reconstruir la sociedad norteamericana con una correlación de fuerzas favorable al capital nacional, sometiendo al capital financiero. Para ello está promoviendo una ideología nacionalista, con una base social sólida, fundamentada en creencias de grandeza (*Let's make America great again / What do you have to lose?*).

¿Qué encontró Trump al llegar al poder?

Según Bruno Estrada, a partir de la década de 1980 en EE.UU., cuando se asienta la hegemonía cultural neoliberal y el poder de negociación de los sindicatos se debilita, el incremento del PIB se dinamiza. La creciente desigualdad en el reparto de la riqueza hace que una parte creciente de los beneficios empresariales se haya dedicado a actividades improductivas que solo aumentan el poder de mercado de las grandes empresas. Entre 1895 y 1990 por cada dólar gastado en inversión en activos fijos las empresas de EE.UU. gastaron 18 céntimos en procesos de fusiones y absorciones. A partir de 1990 esta relación se incrementó exponencialmente hasta llegar a los 68 céntimos destinados a procesos de reestructuración y concentración empresarial por cada dólar invertido en impulsar la economía productiva. Como consecuencia de ello en los últimos veinticinco años la cuota de mercado de las 100 mayores multinacionales del mundo ha pasado de representar el 9% del total mundial en 1990 al 21% en la actualidad.

Tabla 1. Productividad y ganancias reales promedio



Fuente: Bureau of Labour Statistics, United States Department of Labor

El gráfico de la Oficina de Estadísticas Laborales (BLS) de EE.UU. apoya las tesis de que a partir de mediados de la década de 1970 se produce una brecha creciente entre los índices de productividad y los salarios reales en EE.UU. Los trabajadores norteamericanos cada vez se llevan a casa una porción menor de la riqueza que generan. Los salarios se estancaron pero las ganancias capitalistas siguieron aumentando. El trabajador norteamericano no entiende muy bien cómo se empobrece. Cómo el 5 por ciento de la población vive en la indigencia. Cómo el 10 por ciento vive en la pobreza extrema y el 15 por ciento debajo de la línea de la pobreza. Sectores cada vez más grandes de la población viven en condiciones de menos bienestar que sus padres. Trump supo comunicarse con estos grupos sociales e identificar culpables: En primer lugar el Partido Demócrata. Seguido por los mexicanos y musulmanes, así como los medios de comunicación y una gama de organizaciones que llama «de izquierda» (*lefties* o *left wing*). Sus políticas atacan a los afro-norteamericanos, a los homosexuales y liberales que cuestionan sus posiciones patriotas. Según Trump, EE.UU. está en guerra contra todos los elementos mencionados y, además, con una

alianza mundial que, junto con el *establishment*, ha levantado el proyecto de globalización. El objetivo central de la globalización es destruir a EE.UU.

Hay que hundir el proyecto de la globalización

Hay tres autores que abordan el problema de la crisis del desarrollo capitalista. Ernest Mandel lo llama «el capitalismo tardío». Paul Sweezy se refiere a la crisis de acumulación y Giovanni Arrighi analiza la crisis del capitalismo financiero.

A fines de la década de 1970 se lanzó una contraofensiva para detener el deterioro de la tasa de ganancia analizado por los autores mencionados. La contraofensiva terminó siendo bautizado como la globalización, acompañada de las políticas neoliberales. La globalización —o fin de las fronteras— tenía en mente llevar a un nuevo nivel el saqueo de las riquezas naturales del llamado tercer mundo e incrementar la explotación de los trabajadores de los países periféricos. David Harvey lo llamaría el «nuevo imperialismo» y Ruy Mauro Marini «la dialéctica de la dependencia», respectivamente. Stiglitz y Krugman anunciarían antes de la gran recesión de 2007-2008 la crisis del neoliberalismo.

Según Krugman,

la única área en la que Trump está en conflicto con la ortodoxia del Partido Republicano es su nacionalismo económico, materializado en un conjunto rápidamente creciente de aranceles a las importaciones. Después de las elecciones de 2016, muchos comentaristas argumentaron que la victoria de Trump gracias al Colegio Electoral reflejó una reacción negativa contra la globalización. Eso sugirió que su proteccionismo podría volverse popular.

Krugman dice que no ha sido así. Asegura que la guerra comercial está ocasionando un malestar considerable entre los republicanos de las zonas agrícolas. Mientras tanto, los aranceles tampoco parecen ser populares en los estados industriales. De hecho, es difícil encontrar a un grupo grande al que le guste la política comercial de Trump. ¿Por qué las ideas de las políticas republicanas fracasan de manera tan contundente? Hasta cierto punto, la respuesta es evidente: las políticas del Partido Republicano son impopulares porque dañan a muchos más

norteamericanos de los que ayudan. ¿Por qué alguien habría de esperar que sea popular un recorte fiscal a los ricos que a la vez elimina la atención médica a los enfermos?

¿Qué visión de país tiene Trump para el futuro?

Según Mark Weiner, muchos liberales y progresistas han tenido la tentación de condenar el comportamiento de Donald Trump en términos personales, acusándolo de incompetencia y especulando sobre su estabilidad mental. Pero hay una explicación más profunda e inquietante del comportamiento del presidente de EE.UU.. La teoría política del filósofo alemán Carl Schmitt ofrece algunas respuestas.

Aparte de la impronta que le añade Trump, su propia elección y parte de la exacerbación de las políticas del imperio norteamericano, son un reflejo del declinar o pérdida de la hegemonía de antaño. Accidentes al margen y entre muchos otros factores, su elección fue posible debido al casi universal rechazo popular a las élites de Washington y de Wall Street, a las notables fracturas sociales en el país, bajo el impacto acumulativo de la globalización y el neoliberalismo, la «sobre expansión imperial», los excesivos gastos militares y el desmesurado crecimiento de la especulación y las inversiones no productivas, bajo los imperativos del mercado. De ahí se deriva una sostenida disminución del ritmo de aumento de la productividad en muchos sectores de la industria, aumento de empleos parciales y mal pagados, el deterioro del estatus de la clase trabajadora y de regiones enteras que se sienten abandonadas y han visto reducir sus condiciones de vida sin que aprecien que el gobierno o el Congreso se preocupe por ellos.

Conservadores y las redes de la derecha política en todo el país y, ciertamente en las zonas rurales, lograron desplegar una eficaz campaña y capacidad para manipular los resentimientos y temores de millones.

Según García Bielsa, esa base de apoyo —junto a intereses millonarios en sectores como los bienes raíces, de la construcción, de la explotación minera, y otros— está en el país «profundo», en estados rurales, sectores empobrecidos hartos de los políticos y de la élite del país, quienes se sienten víctimas de la globalización, del abandono gubernamental y que son empujados a buscar chivos expiatorios por sus problemas y reducción de sus niveles de vida y que sienten como que su mundo se viene abajo. Un ambiente propicio para cierto tipo de populismo

nacionalista, que sigue siendo una de las más poderosas fuerzas en la política del país.

La tesis del empobrecimiento económico como causa del triunfo del discurso nacionalista es cuestionado por quienes hacen énfasis en las políticas racistas que se remontan varios siglos y que han resurgido con fuerza a principios del siglo XXI. ¿Qué segmento de la población le dio el triunfo electoral a Trump? Hasta hace poco se decía que fueron los votos de los obreros frustrados del *Rust Belt* que se engancharon al discurso nacionalista y proteccionista, pro industrial, de Trump. En otro análisis se plantea que Trump le debe el triunfo al voto de la población llamada «blanca» que refleja el «miedo» que le tiene ese sector a las etnias afronorteamericana y mexicana. Según Krugman,

si no pueden ganar con los problemas (económicos) tratarán de ganar con otra cosa... y sabemos lo que será: en todo EE.UU. los electores se ven bombardeados con anuncios republicanos que muestran a gente asustada de la piel morena. En Texas, incluso, Ted Cruz piensa que un video en el que aparece el candidato opositor, Beto O'Rourke, diciendo cosas perfectamente razonables a un público de afro-norteamericanos ayudará a su campaña para senador.

Krugman concluye que los estudios de las elecciones de 2016 demuestran, claramente, que el resentimiento racial y no la «ansiedad económica» fue lo que le dio la victoria a Trump. Disentimos con esta conclusión.

¿Qué dicen los chinos?

Según Yu Yongding, el gobierno del presidente Trump, ha basado su decisión de imponer aranceles comerciales a China y arriesgar una guerra comercial, ampliamente catastrófica, en un informe que no resiste el escrutinio. La decisión, parece clara, se tomó antes incluso de que el informe fuera escrito. Yu es miembro de la Academia China de Ciencias Sociales.

El informe de la sección 301 de EE.UU. destaca cuatro áreas que considera perjudiciales para su país. Por un lado, la transferencia de tecnología, por el otro, la tasa de retorno. Además, las inversiones chinas en el exterior y, por último, el robo cibernético.

Transferencia de tecnología: Yu señala que «las empresas extranjeras se han mostrado más que dispuestas a ingresar en su mercado, en particular por el trato preferencial que se le brinda a la inversión directa. Por cierto, durante décadas, empresas extranjeras y nacionales por igual han aceptado voluntariamente la estrategia china de “acceso de mercado a cambio de tecnología”, que requería que los inversores extranjeros importaran tecnología avanzada a cambio de entrar al mercado chino».

Tasa de retorno: Yu agrega que un informe del Banco Mundial de 2006 puso la tasa promedio de retorno para las multinacionales extranjeras en China en el 22%. Según un informe compilado por el Consejo de Conferencias de Empresas Mundiales, la tasa promedio de retorno sobre el capital para las multinacionales norteamericanas en China en 2008 fue del 33%. «Nadie puede decir que las empresas extranjeras se vieron obligadas a operar en el mercado chino. El argumento de que las empresas estadounidenses han sido forzadas a transferir su tecnología a China carece así de relevancia».

Inversión china en el exterior: Las acusaciones del informe de la Sección 301 respecto de la inversión china en el exterior —a saber, que China utiliza «capital del gobierno y redes de inversores sumamente opacas para facilitar las adquisiciones de alta tecnología en el exterior»— son igualmente endebles. El Instituto Norteamericano de la Empresa informa que, de 2005 a 2016, las empresas chinas hicieron 202 inversiones, incluidas fusiones y adquisiciones, en EE.UU. Solo 16 de ellas —por un total de 21 000 millones de dólares— fueron en sectores de tecnología. Los inversores chinos gastaron mucho más que eso —94 000 millones de dólares— en bienes raíces en Estados Unidos entre 2013 y 2016.

Cibernética: La cuestión final planteada por el informe de la Sección 301 se relaciona con el robo cibernético de PI y de información comercial sensible que, según EE.UU., es perpetrado por el gobierno chino. El informe reconoce que desde 2015 —cuando China y EE.UU. acordaron que ninguno «realizaría o respaldaría intencionalmente robo cibernético de propiedad intelectual, incluidos secretos comerciales u otra información comercial confidencial para ventajas comerciales»— la cantidad de incidentes detectados de espionaje cibernético chino ha declinado.

«Los pagos de honorarios y regalías por parte de China por el uso de tecnología extranjera se han disparado en los últimos años, alcanzando casi 30 000 millones de dólares el año pasado, casi cuatro veces más que en los últimos diez años».

China puede hacer mucho para mejorar su acatamiento de las normas de la OMC, especialmente en lo que concierne a abrir su sector de servicios financieros y fortalecer las protecciones de propiedad intelectual (PI).

Pero las cuestiones relacionadas con el comercio deberían abordarse dentro del marco de la OMC y Estados Unidos tendría que utilizar los mecanismos de resolución de ese organismo para abordar sus quejas.

Yu concluye que «la guerra comercial de Trump no logrará obligar a China a abandonar su aspiración de ponerse a la altura de las economías avanzadas. China está dispuesta a librar una guerra de desgaste. Desafortunadamente, ambas partes —así como el resto del mundo— incurrirán en grandes pérdidas en el proceso».

¿Cambiará EE.UU. su estrategia fracasada en América Latina?

EE.UU. y la actual administración de Trump apoyan la llamada ola conservadora que ha derrocado alrededor de una decena de gobiernos progresistas. Desde Honduras en 2007 hasta Brasil en 2017. Al mismo tiempo, ha declarado amenazas a su seguridad nacional a los gobiernos de Venezuela, Cuba y Nicaragua.

El capital norteamericano es cada vez más dependiente de la mano de obra barata que abunda más al sur de su frontera, en México y en el triángulo norte de Centro América. En la segunda mitad del siglo XX desestabilizó la economía agraria mexicana y estranguló su industrialización para crear una enorme masa de trabajadores informales —sin empleo y sin tierra— que optó por migrar a EE.UU.. Con igual insistencia logró desarticular las economías del norte de Centro América. Provocó guerras, instaló la base militar norteamericana más grande de América Latina en Honduras y desató un tráfico de drogas hacia el mercado norteamericano.

Para complicar aún más el panorama que atañe al sur de la frontera de EE.UU., Washington acusa a China de haber iniciado una táctica comercial para penetrar las estructuras de América latina, sin excluir a México y Centroamérica.

La política exterior de EE.UU. con Trump en la Casa Blanca descansa sobre la consigna de volver a la grandeza del pasado. La política interior pretende regresar a una alianza populista entre una burguesía nacional debilitada y una masa de trabajadores castigada por las políticas globales —relocalización de fábricas y pérdida de empleos industriales—. Mientras tanto, existía cierta incertidumbre con relación a la política de Trump frente a América Latina. Hacia México y Cuba, Washington sigue una línea histórica trazada en función de su política interna: Migración de mano de obra barata mexicana y la cuestión cubana. Con relación a Venezuela, prima el temor en el *establishment* de perder los ricos yacimientos de petróleo.

Aparentemente todo se aclaró a principios de febrero de 2018 con la gira por la región del secretario de Estado, Rex Tillerson. Preparó una agenda a la Doctrina Monroe en preparación de su visita a cinco capitales de la región. El encargado de dirigir las relaciones exteriores de Washington le dio coherencia a los múltiples *tweets* del presidente Trump. En primer lugar, dejó claro que los principios establecidos por EE.UU. hace dos siglos, estampados en la Doctrina Monroe, están vigentes: el hemisferio occidental le pertenece a Washington.

Le envió un mensaje a China: EE.UU. es el único «predador» en la región. Señaló que «América Latina no necesita nuevos poderes imperiales. El modelo de desarrollo que ofrece China es una reminiscencia del pasado. No tiene que ser el futuro de este hemisferio».

En segundo lugar, Tillerson reivindicó el derecho de EE.UU. de intervenir militarmente en la región. El llamado *poder suave* de Barack Obama fue engavetado y salió a relucir el *poder duro*. «En la historia de Venezuela a menudo son los militares quienes se dan cuenta de que no pueden servir a los ciudadanos... e intervienen». Por su lado, el senador Marco Rubio declaró que «el mundo apoyaría a las fuerzas armadas de Venezuela si deciden proteger a las personas y restaurar la democracia mediante la eliminación de un dictador».

En tercer lugar, el secretario de Estado reactivó la OEA y logró aprobar una resolución diplomática contra Venezuela. Le dejó al Grupo de Lima la tarea de agitar la consigna de la intervención militar en Venezuela.

EE.UU. tiene tres planes de contingencia para deshacerse del proceso revolucionario bolivariano. Plan A: Promover un golpe militar desde adentro llamando a un levantamiento del Ejército Bolivariano. Plan B: Movilizar los ejércitos de Colombia, Perú y Brasil —con el apoyo

logístico de Panamá, Holanda y Argentina— para copar las fronteras venezolanas. Plan C: Lanzar a las fuerzas aéreas, navales y terrestres del Comando Sur en un ataque total contra Venezuela.

En Colombia EE.UU. tiene nueve bases preparadas para atacar. Hay dos bases militares del Comando Sur en las comunidades de Vichada y Leticia, en el Amazonas. Estas forman un arco con las de Palanquero y Tolemaida (altiplano). Otras en Malambo (costa atlántica), Apiay y Larandia (llanuras orientales), Saravena (en el río Arauca) y por último, en la Bahía Málaga (costa del Pacífico). Además, en el cerco hay tropas de asalto de EE.UU. en Aruba y Curazao, que opera con la base de Palmerola, Honduras.

En la década de 1970, EE.UU. aplicó el Plan A en Chile, derrocando el gobierno de la Unidad Popular y asesinando al presidente Allende. En la década de 1980, activó el Plan C y el Comando Sur invadió a Panamá poniendo fin al régimen militar del general Noriega. En el siglo XXI introdujo una modalidad nueva dando golpes parlamentarios en Paraguay y Brasil.

Tillerson mostró todas las cartas que tiene en la mano el presidente Trump en su juego con América Latina. Por un lado, la decisión de intervenir, incluso usando la fuerza militar para proteger sus intereses estratégicos (energía). Por el otro, rechazar las intenciones de Pekín de establecer una relación comercial dominante con América Latina. Sin embargo, a Tillerson le faltó presentar la otra mitad de la ecuación: ¿Qué ofrece EE.UU. a cambio? Las oligarquías latinoamericanas dependen de Washington para mantenerse en el poder. En los últimos 200 años exportan mano de obra barata y materias primas al mercado norteamericano y, en cambio, reciben armas y asesoría militar.

En Texas, el secretario de Estado ofreció los valores que supuestamente comparte EE.UU. con la región. No serán suficientes. Las oligarquías de la región tienen que negociar con los otros sectores sociales que también tienen intereses. Todo indica que las relaciones entre ambas regiones se encuentran en una encrucijada: ¿Aprovechará China la coyuntura? ¿Aprovechará América Latina la oportunidad para independizarse? ¿Cambiará EE.UU. su crónica de una estrategia fracasada?

El proyecto de Trump consiste en construir una fortaleza militar en EE.UU. que pueda enfrentar al resto del mundo sobre la base de su economía, su cultura y su poderío bélico.

Bibliografía:

Samir Amin: «Crisis. Ciclos económicos. Modernidad capitalista». En: <https://es.scribd.com/document/189759182/Crisis-Ciclos-Economicos-Modernidad-Capitalista>.

Bruno Estrada: «El fin del trabajo», *Economistas Frente a la Crisis*, 27 de enero de 2017.

Fernando M. García Bielsa: «La crisis social estadounidense y el “fenómeno” Trump en su justo lugar», *ALAI*, 10 de septiembre, 2018.

Amy Goodman en entrevista a Carol Anderson en *Democracy Now!*

Paul Krugman: «El partido sin ideas», *New York Times* (en español), 27 de septiembre, 2018.

Dani Rodrik: «It's too late to compensate free trade's losers», *Project Syndicate*, junio, 2017.

Rex Tillerson: «El compromiso de EEUU con el Hemisferio Occidental», Panamá, Embajada de EE.UU. (Austin, Texas, 1ro. de febrero, 2018). En: <https://pa.usembassy.gov/es/secretary-tillerson-on-u-s-engagement-in-the-western-hemisphere-2/>.

Helena Trinca: «American elites don't get white working class, says Joan Williams», *The Australian*, 17 de junio, 2017.

Alvaro Verzi Rangel: «Fuertes disputas en las cúpulas política y militar de EEUU: la resistencia a Trump», *ALAI*, 10 de agosto, 2018.

Mark Weiner: «El trumpismo y la filosofía del orden mundial», *Nueva Sociedad*, julio, 2018.